

XX.

Plan de campaña.

Nuestros lectores habrán reconocido ya en el nuevo parroquiano de la Espigada á nuestro antiguo amigo el ex-sacristan de la Misericordia, á quien habiamos perdido de vista desde aquella noche fatal en que le cupo la desgracia de matar á Fernando.

Su primer movimiento al ver muerto á su adversario fué echar á correr como un loco hácia la ciudad sin reflexionar en lo que hacia; pero no tardó en comprender que la agitacion en que se hallaba, la sangre de Fernando de que estaba manchado y que sentia caliente aún en su semblante, le denunciarian en el acto, y que al verle volver de un modo semejante los criados del hotel, y sin que le hubiera precedido como de costumbre el español á quien seguia todas las noches, no dejarian de dar parte á la justicia.

El crimen que acababa de cometer, si merecia el nombre de tal, habia sido inevitable. Imprudencia fué, y grande, acercarse á Fernando y dirigirle la palabra en el estado que guardaba;

pero una vez empeñada la lucha, nada mas natural que el sentimiento de la propia conservacion guiara su mano. Sin embargo, nadie habia presenciado el hecho y habria sido imposible á Ludovico probar su inocencia.

Por fortuna para él, y previendo que alguna vez le seria preciso marcharse sin tener tiempo para volver al hotel, llevaba siempre consigo lo que tenia de mas precioso: un pequeño paquete que contenia objetos pertenecientes en otro tiempo á Marietta; algun dinero en oro y una letra sobre Cádiz, que eran todo su capital, y la carta que Carlos entregó á Marietta la noche de la desaparicion de Mário, y que Ludovico guardaba cuidadosamente como un recurso precioso de que echar mano para encontrar al niño.

Pronto tomó su partido, y dirigiéndose á la fuente que tenia mas cercana se lavó la cara y las manos y echó á andar camino del puerto.

Iba muy pronto á amanecer. La brisa de la mañana soplabá helada en la ciudad, y hacia tiritar á Ludovico cuyos bigotes estaban salpicados de gotas de agua que habia depositado en ellos el frio de la mañana. Una que otra gente cruzaba las calles. Un amante que salia de la casa de su amada; un trabajador que se dirigia al lugar de sus ocupaciones; un pescador que iba en busca de su barca; Ludovico se estremecia al escuchar sus pisadas, y á cada momento creía que le seguia la justicia é iba á caer en sus manos.

Por fin llegó al puerto sin que nadie le siguiera ni se cuidase de él, y allí tuvo que aguardar dos horas largas para poder meterse en un bote y embarcarse en un buque que debia hacerse á la vela para el primer puerto de España á medio dia.

Sus papeles estaban en regla; pagaba su pasaje en sonantes y relucientes monedas, y no hubo obstáculo alguno para su admision en el buque, que dándose á la mar á la hora citada, le llevó á Cadiz.

Le acabamos de ver, la noche de su llegada, en la taberna de la Quiñones.

Por un momento habia creído que dirigirse á la Taberna del Trocadero y hallar lo que buscaba era todo uno; pero las respuestas de la tabernera le convencieron de que tenia que hacer acopio de paciencia para llegar á averiguar el paradero de Mário.

Volvió al cuarto que habia tomado en una humilde posada, y meditó sobre lo que debia hacer para que no fueran inútiles sus pesquisas.

Se encontraba en un país completamente extraño para él conocia algo el idioma y merced á esta circunstancia pudo averiguar, aunque no sin trabajo, el camino del Trocadero, y el lugar donde se hallaba la taberna del "Padre Noe."

Han de saber nuestros lectores que apénas hay en el mundo gente mas arisca y descortés que la del pueblo en España. Allí se ve á los extranjeros como á enemigos, y á una pregunta cualquiera que denota ignorancia de los lugares se contesta con una gracejada ó encogiendo los hombros. Ludovico estuvo á punto de andar á cachetes con dos ó tres majos de quienes quiso tomar informes sobre el rumbo que debia tomar y que le contestaron de una manera insolente; pero tropezó al fin con el dueño de una posada, que viendo en él un nuevo huésped, le indicó su propia casa para hospedarse bien y barato, y le dió las señas de la taberna de la Quiñones.

Estaba, pues, en país enemigo y sin ningun aliado. Pensó que tanto para saber de la persona á quien debia entregar su carta la Espigada, como para hacerse de amigos que le sirvieran de guías en las excursiones que tendria que hacer por la ciudad, debia ir diariamente á la taberna del "Padre Noé;" lo primero era obra del tiempo; lo segundo, de algunas monedas gastadas á propósito en obsequiar á la honrada compañía que frecuentaba la casa de Doña Rosa.

¿Qué se le exigiría en cambio del niño? Se perdía inútilmente en conjeturas cuando se hacia esta pregunta, y por fin, sin darse una respuesta satisfactoria, se detenía ante otra dificultad mayor. Si Fernando no tenia cómplices, nadie mas que él onocia el secreto de la carta entregada á la Quiñones y entónces todo estaba perdido, ó cuando ménos las dificultades para encontrar á Mário serian mayores.

Pasó toda la noche en vela reflexionando sobre el plan de conducta que debia observar, y por fin no pudo decidir otra cosa que volver al dia siguiente á la taberna del Trocadero, hacerse asídúo parroquiano de la Espigada, y obrar despues segun el curso que allí tomaran los acontecimientos.